

¿Quién lidera la Iglesia católica española?

Si el cardenal Rouco no toma las riendas, el fundamentalismo minoritario católico pondrá en serias dificultades las relaciones Iglesia-Estado

José Martínez de Velasco*

El entorno del cardenal Rouco, sus asesores y secretarios más inmediatos, su gabinete de relaciones públicas e información no saben ya qué hacer o qué inventar para convencer a los periodistas de que el arzobispo de Madrid sigue dirigiendo con mano firme los destinos de la Iglesia católica española y que el mejor candidato para dialogar con el Gobierno socialista en estos difíciles momentos y en los que se avecinan es este prelado gallego que rehuye los medios de comunicación y los titulares de prensa, y que se desenvuelve mejor en las distancias cortas de su despacho o del tú a tú que en las manifestaciones públicas y ante las cámaras de televisión.

Confieso que, como analista e informador diario de la realidad eclesial y de las relaciones entre el Gobierno y el Estado, cada vez se me hace más difícil aceptar esos mensajes del entorno del máximo representante de la Iglesia en España y cada día que pasa comprendo menos ese

“dejar hacer, dejar pasar” de este gallego que ejerce como tal, mientras el fundamentalismo minoritario católico se crece, se convierte en portavoz de la Iglesia española, asume las funciones de oposición política al Gobierno socialista y pone en un serio brete, con la ayuda incondicional y entregada de algunos ilustres prelados –entre los que se significan el arzobispo de Valencia, Agustín García Gasco, y el primado de Toledo, Antonio Cañizares, sin olvidar otros nombres– las relaciones Iglesia-Estado, con la intención no por confesada sino a tenor de los hechos, de provocar al Ejecutivo para que éste termine denunciando los Acuerdos Iglesia-Estado, acabe con la financiación *irregular* de la Iglesia católica y, justificar así, una nueva y santa cruzada como Iglesia perseguida.

Le guste o no al cardenal Rouco, les parezca bien o no a determinados prelados españoles, y les satisfaga o no a insignes representantes de la curia vaticana que han entrado tam-

* Redactor Jefe de la Agencia EFE y Presidente de la Asociación de Periodistas de Información Religiosa (APIR).

bién con virulencia en esta campaña de acoso y derribo del Ejecutivo socialista, el Gobierno tiene tanto el derecho como el deber ante su electorado, legitimado en unas elecciones democráticas, de propiciar una legislación laica, de avanzar en la separación de la Iglesia y el Estado, de promover la libertad religiosa y de creencias, de apoyar con un principio de igualdad jurídica a las confesiones minoritarias, a la vez que responder a las inquietudes y preocupaciones de toda una sociedad, no sólo de una minoría fundamentalista de católicos. En una palabra, el Gobierno, aparte de dialogar con todos, tiene que defender y propiciar un Estado laico y no confesional, frente a esas minorías que se no se resignan a perder privilegios pretéritos que rayan en lo inconstitucional y que están empeñados en imponer una cultura, una moral, una ortodoxia tridentina a toda una sociedad, incluida la no creyente, y a toda una feligresía en su mayor parte alejada de planteamientos tan radicales y de doctrina tan desfasada y tan alejada de la realidad social.

El título de esta crónica –*¿Quién lidera la Iglesia católica española?*–, no es, pues, ocioso; no es una cuestión baladí. O la guía un pastor abierto al diálogo, respetuoso con las distintas realidades y sensibilidades eclesiales, capaz de liderar y aunar planteamientos a primera vista irreconciliables, radical defensor de la aconfesionalidad del Estado y de la separación absoluta –no sólo en el papel–, de la Iglesia y el Estado, y a la vez firme valedor de una sociedad que mayoritariamente se define católica pero respetuosa a la vez con las minorías; intransigente con la imposición, laica pero con raíces culturales cristianas, libre en su práctica religio-

sa y respetuosa con las creencias de los demás, moralista pero tremendamente tolerante con los principios éticos o morales de una sociedad cada vez más secularizada y abierta..., o la dirige un conjunto de grupitos minoritarios, de nostálgicos, de nuevos movimientos conservadores, de los autonómados líderes católicos que sólo se representan a sí mismos, a sus ambiciones y planteamientos personales y de unos cuantos defensores de una ortodoxia tan tremendamente alejada de la realidad social, de la realidad de las bases de la propia Iglesia que hacen mucho ruido, pero al final parten pocas nueces.

Desafortunadamente vivimos hoy, en estos momentos, un pontificado agónico y de postulados cada vez más conservadores, secuestrado como está el papa por una parte de la curia que se atrinchera en sus privilegios y que intenta crecer en sus cuotas de poder. Y los que parecen dirigir la Iglesia-institución en España son esas minorías, son esos prelados que confunden la Iglesia universal con la hegemonía de *algunos* de los nuevos movimientos o carismas, son esos laicos que desde decenas de foros pero siempre con las mismas voces, se han autonómado guías y luces del catolicismo español, del papel de los laicos en la vida pública y han impuesto en la Conferencia Episcopal y en las sedes de algunas diócesis una forma de hacer Iglesia uniformada, absolutamente alejada del principio de universalidad y ecumenismo que la define como tal. En el silencio del cardenal presidente, en la realidad ejecutiva de su secretario general y portavoz, el jesuita o ex-jesuita (no hay manera de encontrar una respuesta exacta y precisa a esta cuestión), José Antonio Martínez Camino,

unos cuantos asesores de lo más granado de los nuevos movimientos (ya se sabe, Kikos, Legionarios, Propagandistas, Comunión y Liberación, etcétera) campan y medran por sus respetos, se posicionan de cara a las elecciones del próximo año para presidente de la Conferencia Episcopal y hacen todo lo posible para deslegitimar a un Gobierno democráticamente elegido, haciendo o colaborando con el trabajo sucio –que no el de la legítima confrontación política– que correspondería hacer a la oposición en el Parlamento.

Una ponencia para la reflexión

En esta especie de desordenada e intencionada confusión entre el mensaje de Iglesia perseguida, de cruzada y de no aceptación del resultado electoral del 14-M en el que está sumida una parte de la Iglesia, resulta clarificador el análisis de la situación realizado por el vicepresidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de Pamplona-Tudela, Fernando Sebastián durante la ponencia pronunciada en el Congreso de Apostolado Secular, clausurado al cierre de esta crónica. Y también las conclusiones de la XI Asamblea General de la Conferencia de Religiosos. En ambos documentos se trata de poner algo de raciocinio, de esperanza y de pragmatismo en esta campaña perfectamente orquestada y planificada desde los sectores más reaccionarios a la que estamos asistiendo desde antes del verano.

Aunque algunas de las afirmaciones de Sebastián provocan de entrada un rechazo entre muchos demócratas, entre los no creyentes y entre los partidarios de un Estado laico y de una separación clara entre la Iglesia y

el Estado; aunque algunos planteamientos, insisto, deberían ser matizados para evitar interpretaciones erróneas o desafortunadas, como el que hace mención a la democracia inexistente sin valores cristianos, la ponencia de Fernando Sebastián pone el dedo en todas las llagas y hace un análisis realista de la situación de la Iglesia en España y de la misión de los seglares en la vida pública.

¿Cuál es la línea vertebral de este análisis del vicepresidente de la CEE? En primer lugar, la división de la Iglesia española, la falta de un mensaje claro, el intento de algunos grupos o movimientos de imponer su verdad, su capillita, su catolicismo “a la carta” al resto del colectivo, junto con la necesidad de la conversión personal para ser testimonios de fe y vida cristiana ante el resto de la sociedad y la obligación de los laicos y seglares de decirles a los políticos cómo quieren que se legisle, qué valores deben primar a la hora de tomar decisiones y la necesidad de implicarse más en la transmisión de su fe no sólo a nivel interno sino en todos los estadios de sus relaciones profesionales y sociales. Una posición por lo tanto perfectamente cristiana, evangélica y lícita con los planteamientos constitucionales y democráticos de nuestra sociedad.

Expresiones desafortunadas

Dicho lo anterior, resultan en mi opinión desafortunadas o claramente matizables en la realidad de un Estado democrático y aconfesional los siguientes planteamientos y afirmaciones del prelado:

- “No pueden ser las mayorías o las encuestas los últimos criterios para decidir lo que es bueno y lo que es

malo, sino los criterios morales objetivos, aceptados y aplicados por una conciencia recta, juntamente con la ponderación prudente de las circunstancias sociales, los que decidan el sentido, los contenidos de las leyes y los objetivos preferentes de la acción de gobierno”.

- “El pluralismo en sí mismo no es una meta definitiva ni un bien último. Desde el pluralismo, consecuencia inevitable de la libertad, todos debemos buscar la verdad, aceptar su fuerza convincente y ajustar nuestra vida a los conocimientos alcanzados y compartidos...”. “Sin esta búsqueda social e histórica de la verdad, apoyándose en la capacidad de la razón y en la luz de la revelación divina, y sin un respeto decisivo a unos principios de moral objetiva fundada igualmente en la naturaleza humana y en la iluminación de la revelación divina, la democracia resulta insostenible y puede degenerar fácilmente en una imposición de las mayorías, previamente fabricadas por quienes controlan y manejan los medios de comunicación”.
- En la actual sociedad española “el cristiano coherente y fervoroso tiene que estar dispuesto a padecer una cierta marginación social, cultural y hasta profesional, y en consecuencia tiene que estar dispuesto a renunciar a muchos bienes sociales y económicos, que no están al alcance de quienes se presentan y actúan socialmente como cristianos coherentes”. “Es el martirio moderno –apostilló–, que prueba la autenticidad y consuma la perfección de la fe de los cristianos que viven y actúan en el mundo”.
- “Aunque oficialmente la transición política se hizo en forma de recon-

ciliación, en realidad los años de vida democrática han permitido el desarrollo de una mentalidad revanchista según la cual los vencedores de la guerra civil eran injustos y corruptos, mientras que la justicia y la solidaridad estaba toda y sólo en el campo de los vencidos...”. “Por eso ahora, en los años de democracia se pretende desplazar como perversión cultural todo lo que provenga de las décadas y aun siglos centrales de la historia española, incluido, claro está, la valoración de la religión católica como un componente importante del patrimonio espiritual y cultural de los españoles”.

Según Sebastián, esta manera de pensar, “manifestada con mayor o menor explicitud, está siendo difundida por importantes medios de comunicación desde hace muchos años, domina en los partidos de izquierda, ha estado presente en sus campañas ideológicas y está ahora presente en las actividades legislativas y en muchas decisiones de gobierno de nuestro Gobierno actual”.

Y concluye este análisis de la situación afirmando que junto a un complejo movimiento de secularización de las conciencias de carácter general, “la sociedad española está sometida a otras tendencias de signo reivindicacionista y antieclesial que han hecho que el proceso de descristianización tenga entre nosotros una amplitud y una virulencia que en estos momentos no tiene ya en otros países europeos”.

Críticas hacia el interior

Claro está, y de ahí la excelente construcción de su discurso, que

Sebastián denuncia esta realidad pero sin olvidar la responsabilidad de los católicos y de la propia jerarquía eclesial en esta situación que él denomina problemas que afectan a la Iglesia y que se resumen en: la "mediocridad espiritual", "la debilidad de la adhesión personal a las realidades y la vida de la fe", "escasa formación intelectual" y la profunda división en grupos y tendencias "que comprometen la unidad y dificultan grandemente la actuación de los cristianos en el mundo".

Y así, Fernando Sebastián afirma que:

- "Sin entrar a juzgar las conciencias, ateniéndonos estrictamente a los signos externos, nos vemos obligados a reconocer el gran desequilibrio existente entre cristianos bautizados y cristianos convertidos. Si la primera e indispensable mediación de cualquier transformación cristiana de la realidad es la conversión personal, tendremos que admitir la debilidad apostólica y transformante de nuestra Iglesia en relación con su extensión sociológica. Ante las estadísticas podemos insistir en aspectos diferentes. Podemos recrearnos en ese casi 90% de ciudadanos españoles que se declaran católicos. O podemos insistir en que de ellos solamente un escaso 30% cumple externamente las obligaciones básicas del cristiano. Podemos destacar que el 70% de los matrimonios se celebran según el rito católico y sacramental, pero no podemos ignorar que el 20% de estos matrimonios se separan y dan lugar a otras uniones incompatibles con la moral cristiana y si además nos preguntamos en cuántos matrimonios se aceptan y se practican las normas morales enseñadas por la Iglesia, veremos qué amplios y profundos son los deterioros de la conciencia y las deficiencias de la vida de muchos cristianos".
- "Si nos asomamos a la vida profesional y económica de nuestra sociedad, junto a grandes avances en el reconocimiento de la justicia social, podemos preguntarnos también cuántos cristianos ejercen su profesión y actúan en el mundo económico y laboral con criterios cristianos, sin reconocer el lucro y las ventajas personales como razón determinante de su comportamiento, en la elección y el modo de ejercitar su profesión".
- "Aun reconociendo las dificultades ambientales contra la fe religiosa, cristiana y eclesial, favorecidas por algunos medios de comunicación de fuerte implantación, los cristianos tenemos que reconocer que la debilidad de nuestra Iglesia tiene su primera causa en nuestras propias debilidades espirituales. La debilidad de la adhesión personal a las realidades y a la vida de fe, la escasa formación intelectual, la falta de estima por la propia fe, hacen a muchos de nuestros cristianos especialmente vulnerables a la acción descristianizadora del ambiente, y los incapacita para asumir una responsabilidad apostólica en sus propios ambientes".
- "Además de la debilidad religiosa, y en gran parte consecuencia de ella, la Iglesia española está profundamente dividida en grupos y tendencias que comprometen la unidad y dificultan grandemente la actuación de los cristianos en el mundo. Subsisten todavía grupos que, por una teología secularizada,

viven un alejamiento práctico de la jerarquía difícilmente compatible con una comunión integral. Sin llegar a situaciones tan extremas hay multitud de grupos que viven y actúan con una relación muy tenue, más formal que real con la jerarquía, encerrados en sus propios sistemas y en sus propias ideas. Muchas congregaciones religiosas están más preocupadas de sí mismas que de su servicio a la comunidad eclesial. Y en muchos movimientos se adivina el sentimiento de que su servicio a la Iglesia consiste en invitarla a copiar universalmente sus ideas y procedimientos”.

Como resumen de su ponencia el prelado propone las siguientes actuaciones para los laicos en la sociedad en la que viven y en su obligación de evangelizar: hacer valer “los principios jurídicos de los Acuerdos Iglesia-Estado, utilizando todos los recursos de una sociedad organizada democráticamente”, porque el desarrollo del apostolado seglar “está pidiendo alguna modificación en nuestra manera de concebir las relaciones entre la Iglesia y la sociedad”.

Respetando la estructuración interna de la Iglesia como comunidad jerárquica, Sebastián considera que “tenemos que fomentar una manera de ser y de actuar que reconozca a los seglares como zona de encuentro entre la sociedad y la Iglesia”.

Y admitiendo que “los contactos y los acuerdos entre la jerarquía de la Iglesia y los poderes civiles seguirán siendo legítimos, convenientes y hasta necesarios”, señala que “estos mismos instrumentos jurídicos serán apostólicamente eficientes sólo en la medida en que estén respaldados por un número creciente de cristianos lai-

cos, presentes y operantes en el mundo, que hagan valer estos acuerdos utilizando los recursos y procedimientos de una sociedad organizada democráticamente”.

“Bien está –indicó–, mantener unos acuerdos con el Estado español que reconozcan el derecho de los católicos a una enseñanza católica para sus hijos en el seno de la escuela pública. Pero estos instrumentos jurídicos pierden fuerza si luego no hay una comunidad de familias cristianas, que valoren la educación religiosa de sus hijos como un bien de primer orden y sean capaces de defender este derecho por todos los procedimientos legítimos que ofrece una organización democrática de la sociedad”, apostilló el vicepresidente de la CEE.

Señaló también que “bien está que los obispos nos pronunciemos en contra del aborto o de la manipulación de los embriones humanos. Pero esto vale de poco –afirmó–, si luego no hay unos cristianos que mantengan la vigencia y el prestigio de estas enseñanzas en los ambientes concretos de las relaciones humanas y de la vida de cada día y exijan a los gobernantes el respeto a unos principios morales y castiguen políticamente a los programas que favorezcan legislaciones y comportamientos contrarios a la ley de Dios y a la moral de la razón humana”.

Para Fernando Sebastián en todo Occidente, y en España con “especial virulencia”, lo que está en juego “es el intento de organizar la vida humana sin contar con Dios, como si fuéramos nosotros los dueños absolutos y últimos de nuestra vida y de la creación entera, en una descarnada y desesperada omnipotencia”. “¿Cómo podríamos callar –se preguntó–, por miedo o por desconfianza de nosotros mis-

mos, cómo podríamos renunciar a intervenir eficazmente en la marcha de los acontecimientos? ¿No estaremos siendo infieles y cobardes, culpables de un peligroso silencio disfrazado de prudencia y de aperturismo?

Para remediar la situación, propuso además que los laicos católicos, unidos en asociaciones, promuevan desde todos los puntos posibles la defensa de la vida, del matrimonio entre un hombre y una mujer como la célula básica de la sociedad, la libertad de enseñanza y de educación, y actuar a favor de una buena educación "afectivo-sexual de los jóvenes".

Los religiosos disienten de la campaña de acoso

En esta situación, también es clarificador el mensaje de la XI Asamblea de la CONFER, desmarcándose de esta *cruzada*, emitido con fecha 12 de noviembre y titulado "*Religiosos y religiosas en una sociedad plural y democrática*":

"... Nuestra misma vocación nos invita a situarnos adecuadamente en una sociedad:

- Que cambia con sorprendente rapidez y profundidad.
- Que se muestra plural y por ello todos nos vemos obligados a vivir y convivir con personas de culturas, tradiciones, intereses, creencias y lenguajes no sólo distintos, sino con frecuencia contrapuestos y antagónicos.
- Que es constitucionalmente aconfesional y por eso reclama el derecho a promocionar la realidad secular y a ser civilmente autónoma.
- Que desea progresar en democracia, es decir, en participación, igualdad, justicia, libertad y pluralismo político.

Los religiosos y religiosas, dice la Asamblea, "percibimos que Jesús nos ha seducido, sin imponerse ni condenar. Creemos que su poder y autoridad proceden del amor con que mira y cuida las heridas de cada persona. Jesús nos atrae porque en Él se nos revela la humanidad de Dios, su sensibilidad ante el sufrimiento y el gozo de la gente, creyente o no. Su Rostro, sus palabras y gestos nos muestran al verdadero Dios que sólo se afirma en la afirmación de cada ser humano".

- Sentimos la urgencia de preguntarnos, cada uno y en el seno de nuestras comunidades religiosas, qué significa hoy "hacerse cargo" de esta realidad cambiante y plural de nuestra sociedad laica y democrática, y tomarnos en serio el seguimiento de Jesús, icono de la humanidad del Padre común de todos. No pretendemos diluir nuestra presencia y compromiso creyente, como no deseamos tolerar que la fe y la religión sean, una vez más y por desgracia, vehículo de intolerancia, rechazo o violencia.
- Reconocemos que no siempre hemos sabido ofrecer nuestra palabra o actuar ante situaciones dolorosas vividas en nuestra sociedad. Desde nuestras presencias en el mundo de la inmigración, exclusión, sanidad y educación, entre otras, proponemos algunas reflexiones con el fin de que los temas que se debaten en la opinión pública no eclipsen los verdaderos problemas de interés y preocupación para nosotros:
- Nos unimos a las demandas sociales que reclaman la acogida del emigrante como persona humana y leyes justas sobre la inmigración.
- Apoyamos la búsqueda de solucio-

nes que ayuden a mejorar situaciones personales o familiares en cuanto a vivienda digna, violencia de género, sectores en situación de riesgo y exclusión social.

- Creemos necesario que lleguemos entre todos a un pacto escolar que dé estabilidad al sistema educativo.
 - Pedimos que en aspectos fundamentales y complejos como son, por ejemplo, el aborto, la homosexualidad y la eutanasia, nos comprometamos entre todos a afrontarlos con extrema seriedad y delicadeza, pues está en juego la persona humana en su misma esencia.
 - Entendemos que sólo un proyecto de convivencia social basado en un respeto a la persona, desde su concepción hasta su muerte natural, puede ser reconocido al servicio del bien común.
- Creemos –concluye–, que nuestras Familias religiosas, a pesar de sus limitaciones y desde los diversos modos y lugares a los que nos han conducido nuestros respectivos carismas, pueden aportar en este momento histórico una dosis importante de creatividad en la regeneración del tejido social y de las relaciones fraternas e institucionales en medio de la pluralidad que estamos viviendo. El deseo explicitado en la XI Asamblea General de CONFER, de ser una “presencia profética desde la frontera”, nos pone en situación de apostar por la vida, el respeto y la valoración de toda persona, y nos compromete a acompañar este proceso social apoyando vías de diálogo y reconocimiento mutuos, que hagan posible la convivencia pacífica, en justicia y libertad”.